

GATOS Y ÁNGELES

Javier Campos

SOBRE GATOS Y ÁNGELES

¿Por qué escribir sobre Gatos? Estos animalitos han sido retratados por muchos pintores famosos. Mencionados en poemas y novelas. Escritores, artistas, reyes, reinas, príncipes, nobles o plebeyos en todo el planeta han sido atraídos por su misterioso comportamiento. Huraños o apacibles, los gatos son independientes. Se dice que a un perro se le puede enseñar a obedecer y que nos siga “como a un perro”, pero a un gato jamás. Sólo es feliz en su propia soledad, solazándose sin necesidad de nadie. O ser lamido por otro gato pero únicamente si el gato amigo lo desea y está con ánimo. En lo que he leído sobre gatos, en los cuadros que he visto de pintores, en poemas, no he encontrado poesía donde el gato sea una metáfora del amor. Solo son descritos por su misteriosa personalidad. Y cuando digo amor quiero decir amor y desamor. El desengaño y la pasión de dos cuerpos enamorados y luego desenamorados. Cercanía y ausencia.

Acercamiento y huida. Vida y muerte. Alguien me dijo, al leer estos poemas, que era curioso que los gatos sufrieran por su amo hasta la desesperación cuando por lo general son indiferentes como en aquel poema famoso de Baudelaire (“Los gatos”). Quizás en estos poemas los gatos son el desamor humano. Los ángeles, por el contrario, el gozo del amor. Los gatos, el invierno, la pasión abrasadora del comienzo amoroso que luego de días o años se enfriará como la nieve. Los ángeles, lo opuesto. Gatos y ángeles son la dialéctica del amor humano desde milenios. Y una cosa sí es cierta: nunca sabía todo lo anterior, lo que acabo de decir, sino hasta después de escribir estos poemas.

Javier Campos

Agosto 2011

1

El gato entra despacio, casi en cámara lenta al cuarto.

Se queda parado y mira cómo te voy desnudando.

Besándote todo el cuerpo.

Luego veo que se acurruca en una silla y comienza a cerrar los ojos.

De repente los abre y para las orejas cuando escucha que dices algo.

Pero son quejidos que salen desde el fondo de tu corazón.

Quizás el origen de toda poesía fueron únicamente quejidos de amor.

Y el gato se queda dormido.

Dicen que los gatos también sueñan.

Seguro sus sueños son esos milenarios susurros de placer

2

Te traje pulseras hechas de semillas de árboles tropicales.

De ramas de la Ceiba.

Hechas de caracoles que pisaron tortugas que se hundieron en el mar Caribe y nunca más regresaron.

Te traje pulseras hechas por gente que vive en la jungla a los que nunca les llega el sol a sus cuerpos.

Te las puse en tu brazo y hacías el amor conmigo sin quitártelas.

Sería por eso que te abrazabas tanto a mí y me decías murmurando en mi oído que era tu sol, tu luna, tu luz, tu amor, tu árbol.

Tu tortuga que no se hundió nunca en el mar.

3

Dejaste un papelito amarillo de esos memos que se pegan en el refrigerador.

Y decía “te amo y te amaré siempre”.

Y los dos gatos se quedaban con las orejas paradas leyéndolo.

Y luego se iban tranquilos (o quizás estaban sufriendo por dentro).

Y se escondían debajo de un mueble como dos ancianos enfermos.

Y así cada día pasaban por el refrigerador.

Y se paraban con dificultad a leer el memo.

Pasaron semanas y la nota se iba poniendo de color sepia.

Y los gatos ya no entendían lo que decía el papelito.

Y un día pasaron y al tratar de leerlo vieron que también el refrigerador se iba oxidando lentamente.

Como el color sepia de tu nota.

En la que ya no quedaba ninguna palabra.

4

Apareció un ratón
que bajó desde el ático
de entre las cajas vacías de los recuerdos.
Y los gatos lo vieron correr esquizofrénico
hacia un sofá, luego hacia la cocina llena de ollas oxidadas.
Y seguía corriendo por el living donde ya no quedaba ningún mueble.
Sólo se daba vueltas en una sala vacía.
Cubierta por una alfombra húmeda
que parecía un desierto gigante.
Los gatos no hicieron ningún movimiento.
Podrían haberlo cazado en tres segundos y haberlo devorado.
Estaban como estatuas de piedra.
Desde hace años.
Mirando un teléfono desconectado.

5

Hace tiempo que no funciona el teléfono.

La luz sólo es la que llega a través de las ventanas.

No hay calefacción en invierno y en verano la casa
podría arder en llamas en cualquier momento.

El refrigerador está atascado por el oxido.

No hay agua y las cañerías están tapadas de tierra y hormigas.

De las plantas que había en el living, en el estudio y en el dormitorio
sólo quedan los recuerdos de unos maceteros quebrados .

Para entrar por la puerta principal hay que sacar una montaña de hojas
y nidos de animales extraños que suben y bajan por el techo.

La televisión por alguna fuerza desconocida sigue transmitiendo
un bombardeo en un pueblo lejano del planeta.

Algo siempre se mueve sigilosamente entre estas ruinas.

Son unos gatos que deambulan envejecidos con lentes oscuros
y un bastón blanco.

6

La puerta de una casa de esta ciudad se abrió y se cerró.
Se abrió y se cerró con violencia.
Salió una mujer con unas maletas.
Desde fuera sólo se veía la deforme ventana para mirar desde dentro.
Un gato aullaba con lágrimas en los ojos.
La espalda de la mujer se hizo un contrahecho camino hacia el mar.
Las maletas se estiraron como un largo vagón de tren.
Al afirmarse en la escalera
pareció que ella se iba a caer a un jardín en llamas.
Pero alcanzó a ver un ojo gigante en medio de la puerta.
Que parpadeaba pesado mirándola irse en una balsa.
Mientras las lágrimas del gato mojaban la puerta de la casa.
Y la casa se iba hundiendo lentamente al fondo del mar.

7

Uno de los gatos encontró esa hierba silvestre
que parece marihuana y los vuelve locos.
Metido entre cosas abandonadas arrastró el paquete con la hierba verde.
Oía con desesperación aquél pasto alucinógeno.
El otro lo ayudó a arrastrarlo como si fuera algo ilegal
que alguien había dejado escondido en ese lugar abandonado.
Y se metieron sigilosos debajo de un sillón viejo.
Pasaron semanas drogados y lloraban con silenciosos quejidos.
Un día uno salió corriendo hacia la ventana a medianoche
porque en su alucinación imaginó que al fin alguien regresaba a la casa.
El otro entre la oscuridad daba vueltas y vueltas por los muebles llenos de polvo
como si fuera una ciudad bombardeada.
Las mismas que a veces ambos miraban en la televisión
en un lugar lejano del planeta llamado Irak o Afganistán.
Semidormidos y felices, a millones de kilómetros de esos lugares.

Acurrucados, al lado de agradables llamas de una chimenea.
Los dos juntos en un sillón.
Pegados, protegidos para siempre al cuerpo de sus amos.

8

Me traes moras silvestres de los bosques de Siberia.
Son tiernas, pequeñas, suaves, dulces.
Están calientes por el sol del verano.
Igual que tu ardiente clítoris erecto cuando lo acaricio con mis labios.
Con mis dos dedos. Con mi lengua.
Entonces gritas que me sumerja en tu lava caliente.
Te voy besando porque eres un ángel.
Y dándote en la boca el líquido fermentado
de tus moras silvestres de Siberia.

9

Vi a Yasunari Kawabata, a través de la ventana,
pintar unos gatos en su casa de su ciudad de Japón.
Luego dormir al lado de una bella adolescente.
Sólo la miraba, desnuda, esa rosa del Carpe Diem.
Ni siquiera tocar quería aquella sublime belleza el anciano Kawabata.
Quizás pensaba rozar su espalda de mármol ardiente.
O pasar levemente sus labios envejecidos sobre esa rosa encendida.
El anciano Kawabata estaba muy cerca, a milímetros de esa piel joven.
Escuchaba el ritmo de un cuerpo fresco.
Como la luz sobre un durazno de verano
de su ciudad de la infancia en Osaka.
Y Yasunari Kawabata se quedó dormido respirando sólo su aroma caliente.
Y estuvo a punto de tocarla con sus dedos.
Y besar esa piel con sus labios marchitos.
Pero no lo hizo.

10

Sólo huelo las uvas de las viñas que rodean tu casa.
Tu ventana con la luz de la luna refleja tu hermosa desnudez.
Deseo enseñarte el jugo de estos frutos.
Golpear esos vidrios en llamas.
No sé si pensaras en mí pero juntos plantamos estas raíces de uvas negras
y blancas hace mucho tiempo.
Tu mano y la mía pusieron semillas de lo que en un tiempo brotaría
de esta tierra cálida unos frutos embriagantes.
Hoy hay vino en mi vaso que coseché todo este verano bajo el sol calcinante.
Y pisé muchas noches los frutos hasta sacar este jugo cuando aparecía la luna
llena.
No sé cuánto te acuerdas de mí pero quisiera que bebas de este vaso.
Este jugo de un racimo que tiene nuestras huellas.
Déjame volar por favor otra vez
y pasar invisible esta noche por esa ventana iluminada.

Sacarte lentamente la túnica transparente que llevas.

Besarte.

Y en mis labios sientas otra vez el jugo dulce de las uvas calientes.

11

Hace milenios un día de primavera

hice pájaros de ramas bajo tu vestido.

Y en una noche caliente en el Trópico

los pegaste a mi pecho con arena, sol, luna y mar.

Tenían sus nidos en las paredes de cemento

de nuestra casa.

Al lado de una ventana abierta.

Donde un gato somnoliento, pensativo.

burgués satisfecho, contento, los veía entrar y salir.

A veces solía pasar un tren o un barco por el jardín.
Y los pájaros se desprendían de esas paredes cantando.
Y se quedaban parados en la ventana.

Soñaban con irse a recorrer todo el infinito Universo.
Deseaban dejar la casa para siempre y volar libres.

Hasta que los encontrara la muerte donde fuera.

No sé dónde andarás ahora tú también convertida en pájaro.

Porque hace años que tu nido
son ramas secas cubiertas por el polvo de la nieve.

Mientras un gato convertido en estatua de sal
mira hacia los árboles esperándote.

12

Extendida como una pantera
se parece tu cuerpo desnudo y tostado por el sol del verano.
Abriste la ventana para que nos refrescara el aire de la noche
pero entró tu gato que vive en tu huerto de tomillo y albahaca.
Pasó por tu espalda como una pluma.
Olió tu pelo y el sudor de mi piel.
Tú sólo te movías somnolienta como un velero en el mar
sobre mi cuerpo en llamas.
Y el gato luego de mirarte por un rato
salió aullando furioso de celos y saltó por la ventana como a un abismo.
Y corrió a esconderse.
Y a llorar entre las hierbas silvestres de tu jardín.

13

Tus dos perros guardines que trajiste de Siberia
parecidos a dos leones, a dos mastines gigantes, a dos panteras en celo
ya no ladran cuando llego a tu casa.
Podrían haber destrozado mi cuerpo
para dejarlo como un gato deja un ratón muerto en la puerta de su amo.
Pero no sé por qué extraña energía ellos me quieren tanto como a ti.
Parece dos gatos domésticos y me miran con amor, semidormidos.
Me ven como un ladrón enamorado que entra en tu casa y ellos no dicen
nada.
El que va quitándote tu ropa en llamas.
Una por una.
Robándote tu corazón, tus senos, tus piernas, tus labios, tus ojos

14

Hace milenios un día de primavera hice pájaros de ramas bajo tu vestido.
Y en una noche caliente en el Trópico los pegaste a mi pecho con arena, sol,
luna y mar.

Tenían sus nidos en las paredes de cemento de nuestra casa.

Al lado de una ventana abierta.

Donde un gato somnoliento, pensativo, burgués satisfecho, contento, los veía
entrar y salir.

A veces solía pasar un tren o un barco por el jardín.

Y los pájaros se desprendían de esas paredes cantando.

Y se quedaban parados en la ventana.

Soñaban con irse a recorrer todo el infinito Universo.

Deseaban dejar la casa para siempre y volar libres.

Hasta que los encontrara la muerte donde fuera.

No sé dónde andarás ahora tú también convertida en pájaro.

Porque hace años que tu nido son ramas secas cubiertas por el polvo de la
nieve.

Mientras un gato convertido en estatua de sal mira hacia los árboles esperándote.

15

Soné contigo que íbamos en un auto por un país del Caribe.
Comprábamos cosas artesanales.
Caminábamos por una playa.
Subíamos la cima de un volcán.
Atravesábamos un lago hacia una isla también con volcanes.
Nos tendíamos en una playa y el agua era apacible y cálida.
Nos bañábamos desnudos.
Vimos pasar delfines a nuestro lado.
El sol era muy caliente en la isla como si fuera a quemarnos vivos.
Entonces llegó la pesadilla.

El amor nos protegía como la atmósfera protege a este planeta.
Pero no hubo protección de nada cuando mi cuerpo en llamas
comenzó un día a transformarse en cenizas.
Y tú huías de esta isla sin llevarme contigo.
Cerrando, detrás de ti y para siempre, la puerta de una casa.